

EL CÓDIGO TERRÍCOLA

Crónicas de un superviviente insatisfecho

FRAN LAVIADA

F2A

— EDICIONES —

© 2026 Fran Laviada

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

El contenido de esta obra es responsabilidad exclusiva del autor.

Primera edición: 2026

Diseño de portada: Autor

Edición: F2A Ediciones

www.franlaviada.com

CERTIFICACIÓN DE AUTORÍA HUMANA

El contenido, la estructura y la trama han sido concebidos, desarrollados y redactados íntegramente por el autor. En el proceso de creación se han empleado herramientas digitales exclusivamente como apoyo instrumental, documental o de corrección, sin que estas hayan generado el contenido sustancial ni la voz narrativa de la obra.

ID de registro: AFC-mo0ftusn-d4e21f7c

Dedicatoria

Para todos aquellos que sienten que, con el paso de los años, su vida en la Tierra se vuelve cada vez más insatisfactoria. Quizá no tenga remedio en estos tiempos, en los que la insensatez se ha instalado en las mentes de quienes toman las decisiones importantes. Antes presumían de inteligencia; hoy parecen completamente trastornados. Su capacidad para resolver problemas está, en muchos casos, muy por debajo de la que tendría un consejo de venerables ancianos orangutanes si gobernara el mundo.

Introducción

El libro que tienes en tus manos tiene una historia propia. Lo que aquí se presenta como una unidad, nació originalmente como un proyecto dividido en tres etapas: la Trilogía Terrícola. Aquella serie estuvo compuesta por tres títulos publicados de forma independiente: El terrícola insatisfecho, Superviviente en un planeta llamado Tierra y El asfixiante globo terráqueo.

He decidido reunir aquellas tres entregas en este volumen único para ofrecer una experiencia de lectura más completa y cohesionada.

El comienzo de esta obra se encuentra en una recopilación de artículos y textos de contenido diverso que he ido publicando a lo largo de los últimos años en la Red —páginas web, blogs y plataformas digitales de comunicación—. Aquellos textos, que en su momento fueron piezas sueltas en la inmensidad del mar digital, se adaptaron para formar parte de la trilogía original. En esta nueva edición, el material ha sido revisado y organizado para que el lector pueda acceder a todo ese mundo particular de pensamiento de una sola vez.

Es importante que sepas que, aunque este libro es ahora un todo, mantiene la esencia de su origen: una colección de apartados independientes. No busques una trama lineal que avance de principio a fin; cada texto es una reflexión autónoma sobre mis experiencias como terrícola, mis opiniones sobre este planeta y mi forma de entender (o intentar entender) el asfixiante globo en el que nos movemos.

Al ponerte en antecedentes, quiero invitarte a leer estos textos no como capítulos de una novela, sino como las crónicas de un superviviente que, tras publicar tres libros por separado, ha decidido que era el momento de unificar su mensaje para hacerlo llegar de una sola vez y no a plazos, como quien compra un coche o un electrodoméstico.

Bienvenido a la edición definitiva de la experiencia terrícola.

El comienzo

El buceador siempre lucha contra su insatisfacción vital, por eso no se conforma nunca con flotar manteniendo la cabeza en el exterior, y se atreve en cualquier momento a meterla debajo del agua y explorar otros mundos diferentes a los convencionales, aunque también es consciente de que corre el riesgo de ahogarse; pero siempre prefiere descubrir lo que hay en el fondo marino que quedarse en la ya conocida y cansina quietud de la superficie.

Soy un ser humano, uno más de tantos millones que habitan en el extraño planeta Tierra, un lugar en el que, sin duda, me siento a veces tan atrapado y falto de aire que me pregunto si es posible vivir otra vida en cualquier otro planeta del universo más o menos conocido, o incluso en otras galaxias de las que ni tan siquiera los científicos más prestigiosos tienen la certeza absoluta de su existencia. Mi nacionalidad no importa, pues me considero ciudadano del mundo, nada más y nada menos.

Se podría decir que soy una especie de terrícola apátrida (una definición que encaja, eso creo, con mi forma de ver este viaje alucinante que es la vida humana), al menos espiritualmente hablando, además de INSATISFECHO, y esto lo pongo con letras mayúsculas para dejar absoluta constancia de ello. Y no por eso me considero un individuo diferente (raro, quizá) de la gran mayoría de habitantes terrestres, ni mucho menos, pues estoy seguro de que, como yo, hay millones de personas que están hasta las mismísimas narices de ver cómo la existencia humana se ha convertido en algo que muchas veces, y por múltiples razones (muchas de ellas inexplicables para una mente normal), resulta ciertamente insoportable, y que, por supuesto, es todo lo contrario a lo que debería ser. Aunque de manera incesante (a veces, incluso agresiva), los autoproclamados predicadores de la verdad, esos falsos profetas de la nada, nos quieren vender algo irreal a base de intentar colocarnos día tras día, como si todos fuéramos portadores de un hereditario retraso mental, discursos vacíos de contenido aprovechable, pero llenos de falsedad y tejidos con frases engañosas,

que suenan muy bien al oído, pero construidas con palabras huecas que, en el fondo, tan solo tienen un significado que guarda relación directa con la mentira permanente, que tiene el embauque como único objetivo.

No descubro nada nuevo con lo que digo, pero estoy seguro de que quienes lean el libro (les doy las gracias por ello), o al menos algunos de ellos, sentirán lo mismo que yo de forma habitual y que no es otra cosa que una sensación de hartazgo unas veces, otras de asco e incluso en casos más graves, de auténtica asfixia existencial que impide la respiración sobremanera cuando el aire que te llega es todo lo contrario a limpio, sano y vital, ya que en su continuo deambular por el ambiente arrastra, en la mayoría de las ocasiones, una corriente continua de mal olor que con facilidad se convierte en un creciente e incontrolado aroma fétido, para dar muchas veces paso a algo que huele de manera nauseabunda a más no poder, como si eso fuera la puerta de acceso a un gran estercolero en el que la basura del poder, el dinero, la política, la corrupción, el egoísmo, las guerras y las ideologías más intransigentes y obsoletas (de uno y otro lado), entre otras muchas cosas, se juntan en un enorme globo de mierda que cada día se va hinchando un poco más, y que tarde o temprano (más bien lo segundo), es muy probable que llegue el momento y, sin remedio posible, acabe por reventar con un enorme estallido de porquería que salpique sin remedio a toda la humanidad, hasta que acabe enterrándola por completo a fuerza de insistir en ello, con el único afán de ensuciar cada vez más a todos los seres humanos, aunque algunos ya se han manchado bastante las manos (y otras partes de su cuerpo, como la conciencia, aunque sea invisible) y por propia voluntad, robando al prójimo sin ningún tipo de miramiento. También se puede dar el caso de que no lleguemos ni a lo indicado con anterioridad, ya que quizá antes el planeta se vaya a tomar por el saco con todo lo que los habitantes de la Tierra hacemos por destruir la que es nuestra casa (¡da miedo pensar, más bien pánico, lo que seríamos capaces de hacer si algún día llegamos a colonizar otros planetas de la galaxia, que se preparen todos sus habitantes!).

¡Si estamos pegando saltos continuos encima del sofá de nuestro salón hasta reventarlo, se supone que con el del vecino acabaríamos a hachazos! Así que, una vez metidos en faena, dedicamos gran parte de nuestro tiempo a poner patas arriba todo lo que se encuentre a nuestro alcance (todo vale con tal de destruir), contaminando ríos, lagos y mares, destrozando tierras y envenenando cielos, entre otras múltiples guarradas; es decir, lo que viene siendo dejar el planeta hecho una auténtica asquerosidad, empleando para ello toda una amplia y maléfica gama de sofisticados atentados ecologistas con los grandes capitales en primera línea (los más ricos, en todo momento, intentando ejercer el máximo control que les permita llenar sus insaciabes bolsillos y al precio que sea), manejando todo el entramado financiero y empresarial del mundo, y que siempre están a la cabeza, como generales con mando en plaza, al frente de un poder destructor que nadie parece tener capacidad de parar: unos porque no quieren, otros porque no saben y muchos porque son unos cobardes que prefieren andar de rodillas antes que vivir de pie, y miran para otro lado, no vaya a ser que el “amo” se enfade (¡sí, Bwana!). Quizá todo lo que digo puede sonar a excesiva negatividad o demasiado pesimismo; al contrario, esto es la realidad, y lo fácil para no querer verlo es simple: con taparse los ojos es suficiente, cada cual puede seguir su existencia y todos tan tranquilos. Hay quien dice que, para cuatro días que vivimos, no hay que preocuparse en exceso, hay que disfrutar y no complicarse la vida, y luego que te quiten lo bailado; es también una opción muy válida y respetable para los que piensan de esa manera. Después de todo, el mundo está en manos de unos cuantos que se reparten la tarta de la riqueza (y todos sabemos quiénes son y dónde están), y probablemente algunos de ellos —y esto es lo más peligroso para la raza humana— son (o se supone) las cabezas pensantes que rigen el destino de nuestro planeta y, en realidad, aún juzgándolos con excesiva benevolencia, manifiestan ser sin duda alguna, a tenor de lo que demuestran con sus actos lamentables e inmorales (eso como mínimo), unos individuos impresentables.

El garbanzo negro siempre puede aparecer en el lugar más insospechado, y ¿quién nos garantiza al resto de los mortales que por esa rendija del mal (muchas veces indetectable para cualquier mortal, sobre todo para los ingenuos, y más aún para los que van de listos) no se ha colado un lobo exterminador disfrazado con la piel de inocente corderito que puede acabar con la Tierra cuando le salga de la entrepierna? En cualquier sitio puede aparecer ese tarado de turno, a la vez que heredero de una tiránica saga familiar (el clásico descendiente de padre, abuelo y hasta bisabuelo dictador), que tenga acceso al botoncito rojo y simplemente le apetezca jugar con él y, como es tonto del culo a más no poder, un maldito día (para desgracia de todos nosotros), mientras enreda con su juguetito exterminador, deja en libertad a esa superpoderosa bomba atómica, paso previo al holocausto nuclear (puede que a algunos esto les suene a ciencia ficción; si al final es así, lo dejaremos como argumento para una película de Hollywood de esas que tienen tantos efectos especiales, se meriendan los diálogos y a los actores también). Y puede hacerlo por accidente, algo que nada tendría de extraño si tenemos en cuenta la falta de riego cerebral que padecen muchos tiranos y dictadores que ha padecido la humanidad a lo largo de los siglos. Y también que el muy impresentable lo haga tan solo por joder al mundo, aunque eso signifique su propio fin, algo que quizá no haya valorado dados sus escasos recursos intelectuales, o incluso porque en sus delirios de grandeza se crea inmortal. ¡Vaya usted a saber lo que pasa por cierto tipo de mentes retorcidas a la vez que sádicas!

Todo lo dicho no es patrimonio exclusivo de dictadores y herederos; también se puede aplicar a políticos elegidos democráticamente (en teoría), aunque no hace falta dar nombres; todos sabemos cómo se llaman y no merece la pena dedicarles ni una línea en este texto. Hay quienes pueden pensar que hoy en día es imposible algo parecido a una catástrofe atómica que tantas veces hemos visto en las películas. ¿Pero alguien puede asegurar con absoluta rotundidad que eso nunca puede llegar a suceder? ¿Acaso lo de Hiroshima y Nagasaki no fue aviso suficiente para comprobar hasta qué punto puede llegar la maldad del

ser humano? Ya sé que los más intransigentes en estas cuestiones tienen justificación para todo y quieren hacernos creer que a veces no hay más remedio que matar para evitar muertes, algo que desde el punto de vista práctico puede resultar muy eficaz, pero que moralmente es en realidad algo sórdido, repugnante y vomitivo, aunque se podrían añadir una amplia gama de adjetivos para calificar la crueldad de la acción.

Si después de siglos y más siglos de guerras continuas los humanos no hemos sido capaces de arreglar nuestros problemas sin que haya sangre de por medio, es que somos unos alumnos de cero patatero, pues no hemos aprendido absolutamente nada.

Para finalizar, quiero dejar claro que no pretendo ser (bajo ningún concepto) un portavoz de malas noticias, ni el mensajero del miedo, tampoco un visionario de esos que advierten de manera repetitiva sobre la destrucción de la creación, ni tan siquiera ese grano en el culo que supone tener al lado a gente que lo ve todo negro (incluso hasta en los días en los que luce un sol espléndido); nada de eso soy, tan solo quiero contar en este libro una serie de reflexiones, pensamientos, experiencias y aprendizajes de todo tipo que dan lugar a un abanico de opiniones (que no tienen por qué ser acertadas, incluso a veces pueden parecer incoherentes, pero son mías y con total libertad las expongo) y que, a modo de ensalada mixta de la existencia, voy mezclando, y cuya materia prima me viene de ese eficaz e instructivo proveedor que son los años vividos, que guían el camino de las personas a través de las huellas del tiempo, y con el añadido extra del jugo exprimido de la experiencia aportada por todos y cada uno de ellos, y que en mi caso supera con holgura (demasiada) el medio siglo, ¡que ya es decir, y que no deja lugar a ninguna clase de duda de que uno se va haciendo mayor sin remedio, aunque ese es otro tema que daría con toda probabilidad material suficiente para otro libro!

Y mientras, aquí sigo ejerciendo de habitante del planeta sin morir de asco, algo que ante determinadas situaciones que a uno le toca vivir, creo que tiene un mérito enorme.

Así pues, me mantengo como terrícola residente, además de apátrida, como ya dije, e INSATISFECHO (como también dije, pero en voz alta).

La conclusión final de todo es la enseñanza clara y contundente, en el sentido de lo que la experiencia vital te va transmitiendo a lo largo del camino, y es que el recorrido nadie lo va a realizar por ti: tuyas son las piernas que te llevan a seguir adelante, teniendo la palabra avanzar grabada en la mente, y tuyo (y mucho más importante) es el cerebro que las dirige, que las anima a no desfallecer, a no parar, estableciendo siempre la dirección a seguir, que a veces no es la correcta, pero ese ya es otro tema, puesto que nadie nace aprendido. Primero hay que haber caminado mucho para después evitar equivocarse, o al menos para cometer los menos errores posibles. La sabiduría no está al alcance de todos (incluso sería más apropiado decir que está al alcance de muy pocos) y llegar a ella requiere recorrer un trayecto muy largo, y aunque llegues a ser sabio (insisto, algo harto difícil), eso no te garantiza la posesión de la verdad absoluta, pero sí por lo menos los millones y millones de pasos que des al cabo de tu existencia (excepto que pertenezcas a esa clase de individuos de desplazamiento lento que son excesivamente vagos y, sobre todo, más adictos a la dañina inactividad que al siempre dinámico a la vez que saludable movimiento, y coleccionistas de tejido adiposo en su gran mayoría, con lo cual la distancia recorrida menguará sensiblemente; es algo parecido a lo que ocurre cuando compras un envase de pescado congelado, una vez que la magia del calor hace desaparecer el hielo que lo envuelve y que también se paga, ¡por supuesto!), te servirán para no quedar rezagado en la carrera de la vida; el esfuerzo habrá merecido la pena, lo peor es siempre quedarse quieto. Si es así, nunca te equivocarás de camino, pero día tras día verás una y otra vez el mismo paisaje y eso puede resultar muy, pero que muy aburrido; incluso es algo que puede llegar a matarte. Que nadie desprecie, pues al aburrimiento, ese asesino silencioso que poco a poco le va robando a las personas, sin que se enteren (ahí está el peligro), sus ganas de hacer cosas, y las despoja de sus deseos y motivaciones para darle rienda suelta a la creatividad que

todos los seres humanos llevamos en nuestro interior (en mayor o menor grado), que les quita la ilusión por conseguir nuevos objetivos y alcanzar estimulantes metas hasta dejarlos por completo inertes (el conocido modelo estatua) y aparcados como coches obsoletos en el garaje de lo inservible, como un mueble de esos que abundan en casi todas las casas y que solo vale para mostrarlo orgulloso a las visitas, aunque lo más habitual es que su única misión sea la de servir de estorbo, además de superficie de aterrizaje para que el avión de la suciedad en forma de polvo se pose sobre él.

Y a todo lo dicho hay que añadirle, por supuesto (pues no puede faltar, ¿estaríamos completamente perdidos sin él!), el sentido del humor (no todo va a ser negativo y triste), que además de aliviarnos del coñazo que nos dan la mayoría de los políticos (y toda una variada gama de individuos sumamente soporíferos, funestos y agoreros que, por desgracia, abundan en la sociedad actual), sirve de aderezo imprescindible que toda buena ensalada existencial necesita para darle a la mezcla el equilibrio y buen sabor necesario para lograr que la filosofía del buen estado de ánimo y el optimismo prevalezcan siempre por encima de la adversidad.

Como decía Charles Chaplin: «A fin de cuentas, todo es un chiste».

Capítulo 1

Al igual que, por desgracia, un ciego no puede ver los colores, por mucho que alguien le hable detenidamente de ellos, hay también demasiados retrógrados que no pueden apreciar cómo el mundo avanza, a pesar de la clara evidencia de ello. Algunos se han quedado tan exageradamente anclados en el pasado, tan sujetos a su particular Edad de Piedra, que son incapaces de dejar atrás determinadas tradiciones (jese es así, de toda la vida!), además de comportamientos impresentables y una serie de actitudes más propias de una existencia que se ha perdido, afortunadamente, en el más profundo y oscuro de los olvidos.

Ejemplos hay muchos, pero como para muestra vale un botón: si la humanidad no fuera avanzando, todavía hoy seguiríamos en este país tirando cabras desde lo alto del campanario de algún pueblo semisalvaje para seguir conservando tradiciones a las que se les podría decir de todo menos bonitas y civilizadas.

Estos individuos, que obviamente no han evolucionado, al menos en consonancia con los tiempos que estamos viviendo, tienen una mentalidad aparcada en hechos del pasado a los que están irremisiblemente encadenados. Como los antiguos condenados lo estaban a una pesada bola de hierro fundido que arrastraban atada a uno de sus tobillos, y así seguirán porque piensan que también su padre, su abuelo, su bisabuelo y de ahí hacia atrás también lo hacían; y luego así nos luce el pelo. Pues eso, que Pedro Picapiedra y los suyos ya no tienen sitio en el siglo XXI, y tan solo se han quedado para ser los protagonistas de inocuas películas de dibujos animados.

Capítulo 2

Con un poco de inteligencia, solo un poco (incluso a veces vale hasta con encefalograma plano), un mucho de cara (dura) y un nulo sentido del ridículo, se puede aspirar a todo en este bendito país. Hoy en día es fácil ver en cualquier cadena televisiva programas infumables que elevan a los altares de la fama a auténticos ídolos de barro que, a la velocidad de un cohete supersónico, son encaramados en el olimpo de la gloria mediática y que, tristemente para ellos, con la misma velocidad se caerán del falso pedestal, derrumbándose cual castillo de naipes. Y no sin razón, ya que estos famosos de castañuela y pandereta no tienen mérito alguno para gozar del fervor popular, porque la mayoría de ellos no han hecho absolutamente nada para merecer reconocimiento de ningún tipo, salvo caer en gracia, porque ni graciosos son la mayoría de ellos; así es que tan solo les queda contar sus miserias. Está claro que, en la sociedad del no esfuerzo, lo que se valora más es la vulgaridad.

Capítulo 3

Hay personas que siempre están muy pendientes en la mesa de ver quién mancha el mantel cuando derraman la sopa y, sin embargo, nunca se preocupan cuando un pelo de su cabeza se cae en el plato. La caradura de algunos llega incluso a culpar a la cocinera o al camarero de turno de haber depositado en el sabroso caldo el inoportuno cabello nadador.

¡Pero, tío, cómo tienes tanta jeta si la cocinera lleva un gorro de plástico y el pobre camarero es calvo! Hay quienes ven de lejos el grano en la cara del prójimo y nunca ven de cerca la espinilla (grande y asquerosa) que tienen en su propia cara.

Capítulo 4

Son muchos los que tratan de disfrazar la historia con la túnica del engaño y pretenden convertirla en algo parecido a un carnaval en el que la verdad acaba travestida, aunque siempre la autenticidad de la historia termina despojándose de las ropas falsas con las que han pretendido vestirla.

Al final aparece tal y como es, se queda desnuda ante nuestros ojos y, como vulgarmente se diría, en cueros, es decir, en pelota picada. Ahí es cuando de verdad podemos ver sus vergüenzas que, en forma de engaños y mentiras, nos han querido vender los tramposos contadores de cosas, esos charlatanes de feria que continuamente nos aburren con su discurso de la Edad de Piedra, tratando de convencernos de que antes vivíamos mejor y que no dudan ni un instante en transformar la realidad de los hechos, aunque estos hayan sido sobradamente probados; todo vale para enmascarar sus propósitos mientras tratan de taparnos los ojos y crearnos un muy elaborado estado de confusión que nos impida conocer con la mayor de la certeza hechos vergonzosos que continuamente tratan de ocultar los que, por estas acciones, tienen tanta culpa como los verdaderos protagonistas que en otro tiempo cometieron todo tipo de crímenes y abusos contra la humanidad.

Quienes disfrazan la historia probablemente es porque no tienen su conciencia muy tranquila, o también es posible que se avergüencen de lo que hicieron algunos de sus antepasados.

Capítulo 5

Cuando no entiendes nada, o casi nada, de todo lo que rodea al mundo de la política en España, a uno no le queda más remedio que buscar respuestas a la enorme cantidad de preguntas que día a día le van surgiendo para tratar de comprender la realidad en la que vive; y aunque el futuro siempre es teórico, puesto que tan solo el presente existe de verdad (lo demás son milongas, cuentos chinos o mamonadas, a elegir), las dudas revolotean continuamente alrededor del cerebro, salvo en el de los que lo meten en el congelador de la nevera y ahí se queda como una reliquia blanca en forma de diminuto, pétreo y níveo iceberg, que va transformando su apariencia hasta convertirse en un redondo bloque de hielo tamaño pelota de balonmano (excepto los cabezones, cuyo cerebro se asemeja al típico balón de playa, lo que de ningún modo quiere decir que a mayor volumen de tarro, más inteligencia, ya que el tamaño, según para qué cosas, no siempre es determinante a la hora de valorarlo de forma positiva) y en estado vegetativo (quizá no sea mala opción eso de no pensar, por lo menos uno vive más tranquilo).

Y si no es así, es inevitable que las dudas nos asalten (¡al abordaje!, en plan pirata) de forma permanente, y muchos (ingenuos) nos preguntamos si otra manera de gobernar es posible, si las ideologías cerradas e intransigentes seguirán intentando comernos la cabeza, y si algún día se terminará ese teatro permanente en el que de modo insistente y cansina te quieren vender siempre la misma obra, en la que los protagonistas son los buenos y los malos (sin sitio para los intermedios, ni para colores raros o raritos), y hay que decidir siempre al lado de quién estás.

¡Ya está bien de rojos y azules, de blancos y negros, de indios y vaqueros, de constitucionalistas y radicales, y de hostias en vinagre!

Lo que queremos la gran mayoría de ciudadanos que estamos asqueados de lo que vemos un día sí y otro también (y no digo todos, porque hay quienes viven cojonudamente como croquetas rebozadas en el pan rallado de la estafa, la corrupción y los negocios fáciles y sucios), es saber si algún día alguien podrá resolver nuestras dudas contestando a muchas preguntas que hasta el momento no tienen respuesta:

¿Nos quedaremos sin pensiones dentro de unos pocos años?